

siempre laudable y se presenta decidida, aunque bajo una forma casi siempre lastimosa, como sucede con la comedia de Bebel de que hablamos antes. Mas hábil y mas interesante es la titulada: *Estilfo* (Stylpho), de Wimpheling, cuyo héroe es un alemán que habiendo figurado en la corte del papa, regresa á su país con el nombramiento de cura-párroco de cuatro iglesias, dos vacantes y dos que deben estarlo dentro poco tiempo. Con esta seguridad, en la cual le confirma un cura de aldea que tambien consiguió su plaza con recomendaciones análogas, se presenta al obispo de la diócesis, á pesar de haber tratado de desengañarle un estudiante pobre, que sin protector se ve obligado á ganarse la vida miserablemente. El obispo envía al pretendiente al director de la escuela para que le examine y dé su dictámen, el cual le es adverso, porque pronuncia mal el latín, porque no sabe la gramática, porque conjuga el presente del verbo *dicere*: *dixo, dixis, etc.*, y deriva *narraverunt*, de *narvo, narvare*; porque contesta á la pregunta: *¿Es tu de legitimo thoro? Non, sed sum de Laudemburgra*; y preguntado lo qué es *sacramento*, contesta: *Est nobilissimum ydeoma ex fontibus Græcorum ortum habens*. El obispo, en vista del resultado del exámen, le despide con cajas destempladas, y como el tonto no consigue otra plaza, acaba por guardar cerdos para vivir. En el epílogo exclama el autor: «¡Qué singular cambio de destino! El cortesano se vuelve patán, el confidente de cardenales, mozo de Labrador, el pastor de almas, pastor de cerdos! Véase adónde conduce la ignorancia. En cambio el estudiante pobre, con un socorro que recibe de sus padres, vuelve á la universidad donde se dedica de nuevo á los estudios de su carrera, la de leyes, llega despues á ser canceller de su soberano; este le proporciona una canonjía y el cabildo le elige finalmente obispo, en cuya posicion se distingue por su prudencia y acierto.»

Las comedias que solo se proponen hacer reír, se rozan con la poesía lírica en cuanto figuran en ellas el amor y sus goces. El representante de este ramo de literatura dramática latina fué, entre los humanistas alemanes, Cristóbal Hegenдорffinus, que vivió desde 1500 hasta 1540. Hijo de su época, no sabia hablar del amor sin ser material y obsceno. Dos son las comedias de este autor que mencionaremos aquí: *De sena amatore* (El amador senil), y la *Comedia Nueva*. En la primera ridiculiza á los viejos verdes y en la segunda pinta las locuras amorosas de los jóvenes. En esta es el héroe un jóven que engaña á una doncella, pero como tiene un hermano que se le parece enteramente, procura que vaya á casa de la muchacha cuando ha dado á luz el fruto del amor secreto; la nodriza cree que el hermano del amante es el padre de la criatura; el viejo le conjura á que devuelva el honor á su hija casándose con ella, y el verdadero culpable, á quien el padre cree inocente, acepta por su hermano y se casa con su amada. El poeta, que se defiende en varios pasajes de la acusacion de corromper á la juventud, hace cantar, sin embargo, al coro, al final de la pieza, con mucha inocencia: «Ahora es el tiempo de las locuras, despues vendrá el del arrepentimiento; si no comeis ni bebeis, os quedareis en ayunas, vosotros, soldados del amor.»

En tiempo del humanismo apenas empezó á germinar la idea de la tragedia. Jacobo Locher se jactó de ser el primero que habia enseñado á sus conciudadanos esta nueva clase de «escritos» con su llamada tragedia: *De los turcos y del sultan*, pero en lugar de una accion dramática, se reduce todo á declamaciones religiosas y patrióticas, y lo único que la pieza tiene de drama es que está dividida en cinco partes, que el autor llama actos, y que al final de cada uno pone canciones de coro que muestran el gusto literario del autor. Hoy no tiene este trabajo mas interés que el histórico, por-

que nos enseña lo que aquellos humanistas entendian por tragedia y nos da otras ideas acerca de la época. En el primer acto se presenta la fe en forma de mujer, describe la religion cristiana, los males causados por los turcos á los pueblos cristianos, y excita al emperador y al papa, dueños del mundo, á aniquilar á tan poderoso enemigo. No reinando, sin embargo, la concordia entre los dos grandes poderes, el pueblo cristiano, en el segundo acto, dirige sus plegarias á Dios para que restablezca la paz entre la Iglesia y el imperio. En el acto tercero tiene efecto la entrevista entre el emperador y el papa, para concertar los medios y el plan, y todo se ejecuta con tanta rapidez que al fin del acto parte el mensajero para llevar al sultan la declaracion de guerra de los aliados. En el cuarto acto, el sultan y los magnates de la Turquía europea y asiática, en vista del manifiesto del emperador y del papa, llaman á sus súbditos á las armas y deciden los preparativos que convienen hacer para la defensa. En el quinto acto arenga el jefe de las fuerzas cristianas á sus tropas; la fama proclama la victoria de los cristianos, y todo concluye con la procesion triunfal del emperador.

Se vé que aquí no hay nada de tragedia; todo se reduce á una narracion poética, en metros raros y difíciles, de un suceso ficticio, siendo los autores principales el mensajero y los coros. La pieza fué representada en presencia del emperador y el mismo honor cupo á otros dos dramas, de los cuales uno trata tambien de la guerra contra los turcos, que da lugar en uno de los actos á un congreso de soberanos, y el otro tiene por argumento el juicio de París y es una copia fiel de las antiguas representaciones mitológicas.

La literatura humanista, es decir, la latina, no presenta ninguna poesía épica verdadera. Las grandes narraciones se escribieron en el idioma vulgar, y las únicas poesías históricas latinas son los panegíricos y versos encomiásticos que escribieron los humanistas para halagar á sus contemporáneos distinguidos, pero estas poesías poco ó nada tienen de históricas. Lo único que tiene algo de épico son las *Facecias*, que Poggio introdujo en la literatura humanista y que encontraron imitadores en Agustin Tünger y Enrique Bebel, segun vimos en otro capítulo de esta obra. Otro imitador fué Otomaro Luscinio. Este se presenta en sus cuentos mas narrador que satírico; su propósito es distraer á sus lectores por medio de conversaciones y controversias que reproduce por haberlas oido en las reuniones de los literatos, reuniones que debieron de ser las únicas que el autor frecuentó y conoció. No hay que decir que el autor resulta siempre el mas erudito y el mas discreto y sagaz. Escribiendo en latín, escribia exclusivamente para la gente docta, y por esto saca los argumentos, principalmente, de la historia antigua, de la Biblia y de los padres de la Iglesia, rara vez de autores de cuentos, á quienes tampoco sabe imitar. Su erudicion le conduce á entretenerse con etimologías y á dar lecciones de moral, y como humanista intercala en sus cuentos versos, se da importancia insinuando sus relaciones con personajes notables, adula á sus protectores, vitupera á los sofistas por su ignorancia (en el latín clásico), pero pocas veces se queja de la petulancia y pedantería de la gente docta; refiere con indudable fruicion liviandades de la gente de Iglesia, y finalmente, critica la astrología y la tendencia á ver en todo milagros.

De la comedia á la sátira no hay mas que un paso; aquella puede ridiculizar ciertos defectos y vicios de la sociedad contemporánea, cuando esta debe castigar la perversion y corrupcion en las personas y cosas. La sátira que fustiga las costumbres, por supuesto con una gran parte de sátira personal, se halla representada por las ya mencionadas *Cartas de los hombres oscuros*, que deben ser examinadas en otra

parte, y la sátira personal tiene infinitos representantes en las contiendas entre los humanistas, y entre estos y sus adversarios en general. En estos escritos, ya lo sabemos, la violencia y la increíble grosería reemplazan al ingenio.

El satirista artístico del humanismo alemán fué Euricio Cordo, que vivió desde 1486 hasta 1535. Era médico y escribió sobre la medicina; fué amante del latín y de los autores clásicos; teólogo y partidario ciego de Lutero, y finalmente, escritor satírico, que dice de sí mismo en sus obras que es de «carácter sencillo, franco y sincero, que no sabe mentir, ni engañar, ni ser hipócrita,» y dirigiéndose á sí mismo en un epigrama añade: «No sabes adular ni callar verdades y luego te admiras de que tus libros no gusten.»

En sus sátiras se ríe de las costumbres pervertidas, pero esto solo es apariencia, en el fondo lamenta los males morales de la sociedad y sufre. Se burla de los mogigatos que critican á los poetas libertinos de la antigüedad y en secreto, con toda su cristiandad, se conducen peor que ellos; satiriza tambien á los viejos presumidos, á los ricos avaros, á las mujeres disolutas, á los pedantes ignorantes, á los poetas malos y á los abogados estafalarios. Se desata contra la astrología, cuya madre, dice, es la petulancia y la nodriza la locura; contra la corrupcion del clero, de los mismos papas y de Roma; contra el abuso de hacer de la religion una industria, contra la opresion y esclavitud de la Alemania por la curia romana, y contra la tiranía con que es tratada la poblacion rural, á cuya clase el autor se glorifica de pertenecer por sus padres. Lo que hace interesantes estas sátiras es que no están escritas en sentido general, sino que son burlas amargas de un individuo irritado que ha sido víctima de los males que critica, y por esto alaba á las personas que le quieren bien, como sus amigos, y sobre todo su mujer, que á pesar de la escasez material en que vivian y las penas y padecimientos que experimentaron, hizo de su casa un pequeño paraíso. Así alaba á Erfurt, donde estuvo bien, y censura á Brunswick, con cuya poblacion no pudo congeniar, diciendo que: «Allí el cielo es turbio y el aire tan espeso que la oscuridad es perpetua, aunque el resto del mundo goce del sol mas brillante, y que los habitantes no aprenden ni siquiera la doctrina cristiana si no se les hace tragar mezclada con su cerveza.» Entrado ya en edad, ocupóse mas y mas en cosas de religion y se hizo adalid del Evangelio protestante, olvidando á todos sus conocidos y amigos antiguos, á Muciano, el ídolo de los humanistas de Erfurt, y á Erasmo, á quien no encontraba antes palabras bastantes para ensalzar, pero que se mostró adversario de la reforma protestante, á todos dejó. Su héroe fué, en adelante, Lutero, el adalid denodado que á pesar de todos los peligros y esfuerzos contrarios consiguió realizar la reforma.

La poesía satírica difícilmente se separa de la didáctica, por lo menos la de los humanistas alemanes, tanto que la obra principal, en ambos conceptos, es el *Buque de locos*, de Sebastian Brant, del cual ya hemos hablado en otro capítulo. La poesía instructiva tuvo en Alemania desde un principio gran aceptación al introducirse en el país por la religion cristiana los primeros elementos de cultura; y esta aficion fué creciendo durante todo el período del Renacimiento, de modo que poco á poco se hizo moda escribir en verso hasta sobre las ciencias mas rebeldes á ser poetizadas. Los maestros en este ramo se apresuraron á satisfacer esta necesidad de la opinion publicando manuales de versificación (*artes metrificandi*) con cuyo auxilio los eruditos mas rígidos y pedantes podian comunicar su ciencia al prójimo en versos nítidos y elegantes. Eobano Hesso y Euricio Cordo escribieron, entre otros, muchos manuales de esta clase.

Muchísimas obras de aquella época, algunas de las cuales

tendremos ocasion de mencionar, demuestran la aplicacion de la poesía á las materias serias y científicas.

CAPITULO VIII

DESARROLLO DE LAS CIENCIAS

La resurreccion de la antigüedad tuvo por primera consecuencia en todos los países donde halló eco, el cultivo ardoroso de las lenguas clásicas. En Alemania este ardor no encontró la aptitud ni la instruccion á la altura correspondiente, y por tanto el estudio del latín no produjo mas resultado, aunque este era importante si se atiende al estado en que se hallaba su estudio entonces, que limpiar y desembarazar esta lengua y las obras clásicas, de las costras y ropaje con que la Edad media, ya por ignorancia, ya arbitrariamente, las habia cubierto hasta hacerlas desconocidas. Las obras originales de los humanistas alemanes, conforme hemos dicho ya en otra parte, fueron insignificantes y puramente mecánicas, porque aquellos escritores ignoraban las leyes que rigen los idiomas y su desarrollo, y porque el blanco al cual dirigian sus esfuerzos, era equivocado é imposible de alcanzar.

Despues del latín era el griego el idioma ambicionado y venerado por los humanistas; pero si bien lo miraban con el mismo respeto que al latín, no se ocupaban tanto en su estudio, por ser difícil y completamente desconocido, y escasos los profesores como los libros. El latín era conocido mas ó menos desde siglos, mientras que solo podian enseñar el griego aquellos pocos que habian pasado á Italia y lo habian aprendido allí, donde abundaban profesores griegos emigrados.

Reuchlin y Celtes eran en su tiempo casi los únicos que sabian bien el griego; los dos trabajaron activamente para comunicar sus conocimientos en esta lengua á los demás por medio de conferencias, libros, que escribieron para facilitar la enseñanza, y otros que tradujeron del griego, con notas explicativas, y publicaciones de autores clásicos griegos, con lo cual adquirieron fama grandísima y fueron el asombro de sus compatriotas. Estos trabajos aprovecharon á la generacion nueva. Los viejos miraban este estudio nuevo cada uno desde su punto de vista, segun su carácter, su mayor ó menor pedantería y el espíritu de rutina de que adolecian todos. Wimpheling dice en uno de sus escritos: «No puedo emitir opiniones sobre el griego porque no me lo enseñaron cuando era jóven; ahora no me faltarian maestros buenos, si yo tuviese el talento de Marco Caton, que siendo viejo (y adversario de la Grecia) aprendió el idioma griego.» Ulrico Zasio, del cual hablaremos todavía, pertenecia á los pocos que aparentaban despreciar el griego y decia con orgullo que él era latinista y no grecizante. Bebel en una lista de autores antiguos que publicó como modelos dignos de imitacion, dice que no incluye á los griegos ni puede formar juicio de sus obras por ignorar su lengua. Peutinger en una carta que escribió á Reuchlin, expresa su sentimiento de no saber el griego. Las primeras tentativas que se hicieron entonces para crear cátedras de griego en alguna universidad suscitaron la mas ruda oposicion de parte de los sofistas, es decir, de los teólogos, partidarios rancios del sistema escolástico. Reuchlin primero que nadie experimentó esta oposicion cuando enseñó el griego en Heidelberg, y hubieron de pasar decenios antes de que el estudio del griego adquiriese derecho de ciudadanía. Cuando, en 1509, Juan Amerbach hizo en Basilea una edicion de las obras de San Jerónimo, dirigióse á Reuchlin solicitando su cooperacion para la correccion y traduccion de los pasajes griegos, diciéndole en su carta: «Si